

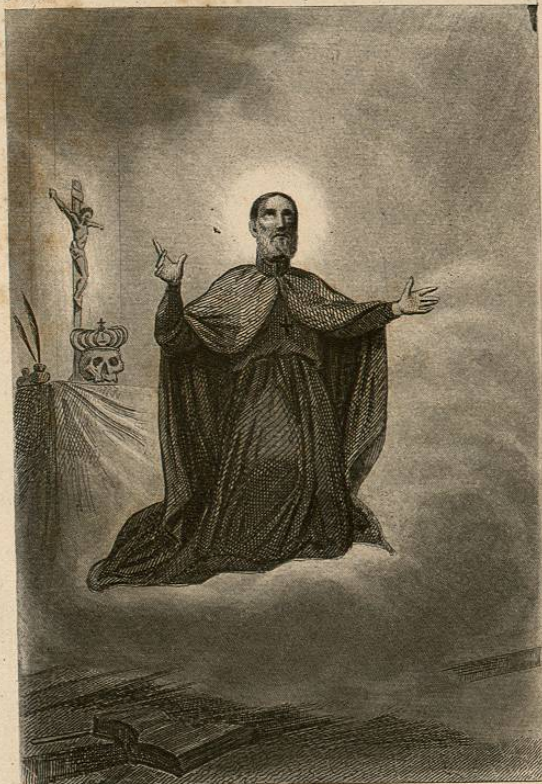
DIA DIEZ.

SAN FRANCISCO DE BORJA, DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

San Francisco de Borja, gloria de su ilustrísima casa, admiración de los príncipes cristianos, modelo de los más perfectos religiosos, y uno de los mayores santos de su siglo, nació al mundo el día 28 de octubre del año 1510, en la ciudad que comunica su nombre al ducado de Gandía. Fué hijo de don Juan de Borja, tercer duque de Gandia, y de doña Juana de Aragon, nieta del rey don Fernando el Católico. Pusiéronle el nombre de Francisco en cumplimiento del voto que habia hecho á san Francisco de Asis la duquesa su madre hallándose muy apurada al tiempo de darle á luz. Desde su misma niñez comenzó á verificar el vaticinio de su futura santidad que habia hecho su virtuosa abuela doña Maria Enriquez. Eran el duque y la duquesa señores de tanta religion como piedad, por lo que se dedicaron cuidadosamente á inspirarle las mas virtuosas máximas de una y otra desde los primeros asomos de la razon, en los inocentes ensayos de la infancia; y para no omitir diligencia alguna conducente á su mejor educacion, le escogieron un ayo y un maestro, en quien lo virtuoso compitiese con lo hábil. Dióle muy poco que hacer el niño Francisco, en quien era natural la vehemente propension á la virtud; y juntándose á un corazon noble, dócil y generoso un ingenio vivo, pronto, brillante y perspicaz, iban á la par los progresos en la virtud y el adelantamiento en las letras; tanto, que todos miraban con admiracion aquella tierna piedad, que iba

T. 10.

P. 222.



S. FRANCISCO DE BORJA.

creciendo al paso de los años, cuando se observa con tanta frecuencia en otros niños, que, conforme se va despejando la razon, se van disminuyendo las buenas inclinaciones.

A los diez años de su edad perdió á la duquesa su madre, y se notó, no sin admiracion, que su excesivo dolor de pérdida tan sensible no se redujo precisamente á desahogarse por muchos dias en un torrente de lágrimas, sino á descargar sobre su tierno cuerpecito sangrientas disciplinas, que ofrecia por sufragio, para hacer mas meritorias sus fervorosas oraciones, sin poderse averiguar quién habia madrugado tanto á inspirar en el inocente niño aquel espíritu de mortificacion y penitencia.

Era tio materno de Francisco don Juan de Aragon, arzobispo de Zaragoza; y enamorado de las grandes prendas que se iban asomando en su querido sobrino, quiso absolutamente que se criase dentro de su palacio. Dióle maestros muy hábiles que le perfeccionaron en las letras humanas; y habiéndole deparado por este tiempo la divina Providencia un sabio, prudente y virtuoso confesor de la religion de san Jerónimo, se aprovechó de tan oportuna como diestra y experimentada escuela para hacer maravillosos progresos en la ciencia de la salvacion. Vivian en la ciudad de Baza su bisabuela doña Maria de Luna, sus tias y sus hermanas; y habiendo pasado á visitarlas, cayó gravemente enfermo en aquella ciudad. Corrió gran peligro su vida, pero este peligro fué de orden inferior al que le expuso la resolucion que se tomó de enviarle á la corte. Queriendo el duque su padre que se acostumbra desde luego al género de vida á que parece le destinaba su mismo nacimiento, logró que entrase á servir con empleo correspondiente en el cuarto de la infanta doña Catalina, hermana de Carlos V. El mismo fué Francisco en el bullicio de palacio, que en la quietud de

su familia. Casóse la infanta con don Juan III, rey de Portugal, y el niño Borja se restituyó á Zaragoza al palacio de su tío para acabar la filosofía, en la que sobresalió mucho la brillantez de su ingenio. Así el arzobispo su tío, como el duque su padre, le observaban mas inclinado al retiro de los claustros, que al estrépito del mundo; y para desviarle de aquella inclinacion, determinaron enviarle segunda vez á la corte de Carlos V, con esperanza de que su genio dócil, franco y condescendiente poco á poco le iria inspirando distintas inclinaciones. Aun cuando en la vida de cortesano se hubiese eximido dichosamente del naufragio su inocencia, fué cierto que, á lo menos, se entibió su fervor. Hallábase Francisco justamente en los diez y siete años de su edad, y la naturaleza habia andado pródiga con él en todas las perfecciones que hacen á un jóven cabal. El talle desembarazado, noble y ventajoso; la tez limpia, delicada y viva; ojos centellantes, el aire naturalmente despejado, con no sé qué gracia particular en todos los movimientos; todos sus modales gratos, cultos, atentos, que respiraban nobleza y generosidad; ingenio sutil y fino, con cierta discrecion pronta y juiciosa, acompañado todo de una modestia y de una compostura natural, que hacia mucho mas amable este noble conjunto de prendas naturales; pero este mismo conjunto de que los hombres hacen tanta vanidad, exponia al jóven Francisco á mas evidentes riesgos. Conociólos el jóven Borja, y se pertrechó contra los vicios de la corte con la frecuencia de sacramentos y con una tierna devocion á la santísima Virgen. Supo encontrar el arte de hermanar los deberes de cortesano con las obligaciones de cristiano verdadero; dificultosa, pero muy posible mezcla, que mereció ganar no solo la estimacion, sino el cariño del emperador y de la emperatriz doña Isabel. Prendada esta de tan nobles calidades

como concurrían en Francisco, quiso que se casase con doña Leonor de Castro, dama de la misma emperatriz, á quien esta princesa amaba como á hija, reputada por la primera hermosura de palacio, y señora de una de las primeras casas de Portugal. Fué esta boda muy aplaudida del emperador, quien, para dar á Francisco alguna señal de su particular estimacion, le hizo marqués de Lombay y caballero mayor de la emperatriz. No vió el mundo matrimonio mas igual, ni tampoco mas feliz. Bendijole Dios con posteridad tan numerosa y tan ilustre, que la mayor parte de la grandeza de España se gloria de la descendencia ó de la alianza de sus casas con la de san Francisco de Borja.

Cuanto mas de cerca trataba el emperador al nuevo marqués de Lombay, mayores fondos descubria en su virtud y en su mérito; tanto, que en breve tiempo las benignidades de favorecido pasaron á ser confianzas de privado. Estudiaban juntos las matemáticas, y por lo comun acompañaba al emperador en la diversion de la caza. Era Francisco extrañamente aficionado á la de cetrería; pero acostumbrado ya á santificar todas sus acciones, mortificaba su curiosidad puntualmente cuando el objeto le llamaba con mayor viveza, privándose del inocente deleite que habia buscado con tanta fatiga en el mismo punto en que el halcon iba á arrojarse sobre la presa.

Siendo ya confidente y árbitro de todos los secretos del emperador, le acompañó en la expedicion de Africa, y tambien le siguió á la que intentó con menos felicidad sobre las costas de la Provenza, señalándose en todas ocasiones tanto por la prudencia en el consejo, como por el valor en la campaña. Padió por este tiempo dos graves enfermedades, que comenaron á disgustarle del mundo segun los intentos de la divina Providencia; pero lo que mas contribuyó á

confirmarle este disgusto, fué la muerte de la emperatriz, que sucedió en Toledo el año de 1539. Mandó el emperador que condujese el cadáver á Granada, y al descubrirle para hacer la entrega, le halló tan horrorosamente desfigurado, que no se reconocía en él ni un solo rasgo le lo que habia sido: espectáculo que le dejó fuera de sí; y comparando el presente horror con la pasada hermosura, resolvió no malograr sus servicios en obsequio de quien estuviese expuesto á igual miseria, sino consagrarlos todos á solo Dios. Restituido á la posada, encerrado en su cuarto, postrado en tierra, y deshaciéndose en lágrimas, comenzó á exclamar: *No, Señor, no Señor, no ya mas servir á dueño alguno que se me pueda morir.* En estos tiernos y desengañados afectos le cogió la hora de asistir á las reales exequias, y la oracion fúnebre que pronunció en ellas el célebre maestro Avila, acabó en su corazon la obra que habia comenzado el horroroso cadáver; y acudiendo oportunamente los auxilios de la gracia, hizo voto de abrazar la vida religiosa si sobrevivía á la marquesa.

Nombróle el emperador virey de Cataluña, y le hizo comendador de la órden de Santiago: pero en todos los empleos fueron iguales los ejemplos y los efectos de su terrosa conversion. Luego que tomó posesion de su gobiérno, mudó de semblante toda la provincia. Purgóla de los ladrones que infestaban los caminos; corrigió los abusos que turbaban el régimen de los pueblos; reprimió la licencia; exterminó el vicio, y en breve se reconoció florecer en todo el principado de Cataluña la religion, la paz, la justicia y la abundancia; haciendo el santo virey tanto honor á la elevacion del empleo con el esplendor de su magnificencia, como á la santidad de la religion con los ejemplos de su virtud.

Desde entonces comenzó á vivir como religioso en

su palacio. Dedicaba todas las mañanas cuatro ó cinco horas á la oracion; y, sin faltar en nada al despacho de los negocios públicos, se entregaba todo el tiempo que podia á ejercicios de caridad. Su mesa era ostentosa para los convidados, pero muy parca para el virey. Era su ayuno continuo, y, cuando se sentaba á la mesa, no era á comer, sino á mortificarse con alguna nueva invencion. Correspondia la misericordiosa profusion en las limosnas á la rigurosa severidad de sus penitencias: todo pobre, todo desvalido sabia muy bien que en el virey tenia protector y padre. Todos los dias rezaba el Rosario, acompañando la oracion vocal con la meditacion; y no contento con comulgar en público las fiestas mas solemnes para la edificacion, comulgaba en su oratorio todos los domingos del año para consuelo, para conservacion y para aumento de su fervor. Con motivo de esta sólida devocion se suscitaron varias disputas sobre la frecuente comunión; asunto en que se dividieron los pareceres de todas las universidades de España. Quiso el virey saber el dictámen de san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañia de Jesus, de cuyo nuevo instituto le habia dado noticia el padre Antonio Araoz, célebre predicador, informándole individualmente de sus particularidades, como tambien de la santidad, de la prudencia y de los talentos de su ilustre fundador. Escribióle Borja consultándole el punto que se controvertia, y quedó tan satisfecho de su respuesta, que determinó acudir en adelante á aquel oráculo en todas las dudas que diesen lugar á esperar su decision.

Ya por aquel tiempo eran largo asunto á la conversacion y á la admiracion de todos los príncipes de la Europa la prudencia y la santidad del virey de Cataluña, creciendo al paso de su fama la estimacion y el amor que le profesaba Carlos V. Dióle las mayores pruebas de uno y de otro en las córtes de Monzon,

donde en las familiares y frecuentes conversaciones que tuvo con él le descubrió su corazón, manifestando el emperador á Francisco la grande impresion que le hacian sus ejemplos. Muerto el duque su padre, y entrado el virey á ser duque cuarto de Gandía, lejos de llenarle el corazón la nueva grandeza, renovó con su desengaño mas vivas y mas encendidas ansias del retiro. Costóle la licencia muchas representaciones, grandes instancias y repetidas súplicas. Rindióse en fin el emperador, y Francisco se retiró á la capital de sus estados. Apenas puso los piés en Gandía cuando reedificó el hospital, y dió principio á la fundacion de un colegio de la Compañía, al mismo tiempo que estaba fundando un convento á los padres dominicos en su marquesado de Lombay. Entró á la parte en todas estas buenas obras del duque la virtuosa duquesa su mujer; pero cuando Francisco se prometia mas dilatados auxilios de su amable compañía, le dejó viudo á los treinta y seis años de su edad, y en prendas de su amor dos hijos y tres hijas, que todos se enlazaron con las primeras casas de España, á excepcion de la última hija, la cual se consagró á Dios en el convento de Santa Clara de Gandía.

La muerte de la duquesa dejó á Francisco con entera libertad para cumplir su antiguo voto. Duróle poco la indecision sobre la eleccion del instituto. Conveniale mucho el de la Compañía por la circunstancia particular de cerrarse en él la puerta á las dignidades eclesiasticas; y habiendo hecho los ejercicios espirituales, siendo su director el padre Fabro, uno de los primeros profesos de la Compañía, reconoció tan visible la voluntad del Señor, que convirtió el voto general de religion en el particular de entrar en la Compañía de Jesus. Dió prontamente cuenta de todo á san Ignacio, que recibió esta noticia con el mayor consuelo; y aprobando su resolucion, le envió una

instruccion de lo que debia hacer para poner en ejecucion sus fervorosos deseos. Aconsejóle que estudiase teología, y que recibiese el grado de doctor en su universidad de Gandía. Pero como todavía restaban muchos negocios que arreglar en su familia, y crecian cada dia en su corazón las ansias de cumplir el voto que habia hecho, obtuvo licencia del papa para hacer los votos religiosos, y quedarse otros cuatro años mas en el siglo. Luego que recibió el breve pontificio, hizo la profesion en su colegio de Gandía; y dejando el palacio en que vivia á su hijo primogénito, se retiró á otra casa para vacar mas libremente á sus estudios y á los ejercicios de su nueva profesion. La primera orden que recibió de su superior Ignacio fué que moderase sus rigores y sus excesivas penitencias.

No hubo jamás religioso mas arreglado. Levantábase regularmente á las dos de la mañana; empleaba seis horas en la meditacion y en oraciones vocales; á las ocho se confesaba, oia misa, y comulgaba al fin de ella todos los dias. Hasta la hora de comer estudiaba teología, y poco antes de sentarse á la mesa daba audiencia por breves instantes á sus vasallos y á los ministros de justicia. Comia, gastaba despues una hora en conversacion familiar con sus hijos y con sus criados; volvía á otro gran rato de estudio, y concluido este, daba puerta franca á cuantos tenian que hablarle. La mayor parte de la noche la pasaba delante del Santísimo Sacramento, y la aprovechaba tambien en macerar su cuerpo con sangrientas disciplinas. Su cama de allí adelante fué siempre una pobre alfombra, tendida sobre unos sarmientos; y toda su vida un continuo ejercicio de la mas rigurosa penitencia.

Concluidos felizmente todos los negocios que le habian obligado á representar en lo exterior el papel de

duque y de grande de España, recibió el grado de doctor, después de haber adquirido la ciencia y la suficiencia para merecerle. Hizo después su testamento en virtud de la facultad que el papa le concedió en un breve particular; y habiendo sido él mismo testamentario y ejecutor, partió en derecho á Roma, cuyo viaje no interrumpió sus diarios devotos ejercicios. Recibióle el papa Julio III con desacostumbrados honores, y hospedado en el colegio de la Compañía, recibió y pagó las visitas de toda la corte romana. Entregóse enteramente á la direccion de san Ignacio, y escribió al emperador dándole parte de sus intentos, y pidiéndole su imperial consentimiento para renunciar solemnemente sus estados, títulos y empleos. Luego que se extendió por Roma esta noticia, así el papa como todo el sacro colegio pensó en honrar con la sagrada púrpura aquel grande ejemplo de virtud; lo que entendido por Francisco, todo sobresaltado, se salió de Roma repentinamente para volverse á España. Escondióse, por decirlo así, entre las peñas de la reducida provincia de Guipúzcoa, y visitó por devoción la casa de Loyola donde habia nacido san Ignacio. Hallábase en Oñate cuando le llegó la respuesta del emperador, que recibió con inexplicable gozo; y luego que leyó la carta, postrado en tierra, rindió humildes gracias al Señor, porque ya en fin habia llegado la dichosa hora de ver perfectamente cumplidas sus fervorosas ansias; renunció con solemnidad todo cuanto poseia en favor de su hijo primogénito, cortóse el cabello y se vistió la sotana de la Compañía. El primer día de agosto de aquel mismo año se ordenó de sacerdote, y fué á celebrar su primera misa en la capilla de la casa de Loyola para satisfacer su devoción particular; pero se vió obligado á celebrar la segunda en campo descubierto para satisfacer la del público. Fué tan inmenso el concurso

de los que quisieron recibir de su mano la sagrada comunión, que no pudo acabar la misa hasta las dos ó las tres de la tarde. Predicó después á toda aquella muchedumbre con tanta mocion y con tanto fruto, que le obligaron muchas veces á interrumpir el sermón las lágrimas de los oyentes, seguidas (y este fué su mayor consuelo) de grandes y ruidosas conversiones.

Entre tanto, solicitado el papa por las instancias del emperador, no menos que por su propia inclinacion, pensaba hacer cardenal á nuestro santo. Todo estaba ya resuelto y prevenido, cuando san Ignacio supo representar con tanta viveza á su Santidad así sus razones como las del padre Francisco, que desistió de su intento, diciendo que las oraciones y los ruegos de los santos siempre eran eficaces. Dióle orden su general para que saliese del retiro de Guipúzcoa y pasase á la corte, donde el emperador y todos los grandes de España ansiosamente deseaban verle; obedió, aunque le costó mucho sacrificio, el que premió Dios con los copiosos frutos que hicieron sus sermones, sus ejemplos, su modestia y sus conversiones particulares en Burgos, en Valladolid, donde se hallaba la corte á la sazón, en toda Castilla la Vieja, en Portugal y en toda la Andalucía. Experimentando san Ignacio las bendiciones que echaba el cielo sobre todo aquello en que el padre Francisco ponía la mano, le hizo comisario general de España, de Portugal y de las Indias Orientales; pero al mismo tiempo que le nombraba superior de todos, le sujetó á la obediencia de otro padre en lo tocante á la direccion y gobierno de sus penitencias, que cada día eran mas excesivas. Bendijo Dios sus trabajos y su zelo. No solo introdujo y fundó la Compañía en las doce ciudades más principales de España, sino que renovó el primitivo fervor en no pocos monaste-